

Podemos y el auge municipalista. Sobre partidos-ciudadanía y vieja política.

Podemos and the revival of municipalism strategy. About citizens-parties and the old politics.

ÁNGEL CALLE COLLADO

Universidad de Córdoba
angel.calle@uco.es(ESPAÑA)

Recibido: 19.06.2015

Aceptado: 22.09.2015

RESUMEN

En este texto me detengo en las aportaciones en clave de experimentación que están realizando nuevas iniciativas políticas en clave de partido, como son Podemos y las nuevas iniciativas municipalistas. Experimentaciones que, como dicen visiones tan diversas como la del sociólogo Sousa Santos (“reinventar el Estado”, “democracias de alta intensidad”) o la proveniente del zapatismo (“caminamos preguntando”), se hace necesaria para construir rebeldías. ¿Pertenecen Podemos o las nuevas candidaturas municipalistas a este campo de rebeldías? Aspiran a ello, así lo enuncian, pero, ¿qué tipo de herramienta acabará por cristalizar? ¿estará próxima a la radicalización de la democracia, o manifestará tintes no tan distintos de esos partidos que salen tanto por la tele?

PALABRAS CLAVE

Partidos políticos, nuevos movimientos globales, democracia radical, municipalismo, cambio social

ABSTRACT

In this text, I stop at the experimental key contributions they are making new policy initiatives in new parties, as are we and new initiatives in local government. Experiments, as they say visions as diverse as the sociologist Sousa Santos («reinvent the State», «high-intensity democracies») or from the Zapatistas

(«walk by asking»), it is necessary to build rebellions. Do they belong to this field of rebellions? They aspire to, so forth, but what kind of tool will eventually crystallize? Will they be so close to the radicalization of democracy?

KEY WORDS

Political parties, new global movements, radical democracy, municipalism, social change

1. INTRODUCCIÓN

Tiempos de bifurcación, que diría Wallerstein (1997), cambio de milenio, insostenibilidades planetarias, tecnologías de control que a la vez permiten circular informaciones que cuestionan las élites y sus agendas: caldo de cultivo para una nueva forma de entender la política. Buscamos innovaciones, nuevas referencias. Pero también se cuele la vieja política como una “farsa”. Al fin y al cabo las sociedades son estructuras lentas, como elefantes entumecidos. Y aunque el sentir o la necesidad acucien y demanden nuevos rumbos, también somos peces obligados a vivir en las mismas peceras que hace décadas: instituciones que administran derechos, imaginarios que apoyan formas de consumo o de desarrollo como ideales de vida o, simplemente, sistemas de partidos que apuntalan expresiones de democracia representativa.

En este texto me quiero detener más en las aportaciones en clave de experimentación que están realizando nuevas iniciativas políticas en clave de partido. Experimentaciones que, como dicen visiones tan diversas como la del sociólogo Sousa Santos (“reinventar el Estado”, “democracias de alta intensidad”) o la proveniente del zapatismo (“caminamos preguntando”), se hace necesaria para construir rebeldías. ¿Pertenecen Podemos o las nuevas candidaturas municipalistas a este campo de rebeldías? Aspiran a ello, así lo enuncian, pero, ¿qué tipo de herramienta acabará por cristalizar? ¿estará próxima a la radicalización de la democracia, o manifestará tintes no tan distintos de esos partidos que salen tanto por la tele? Primeramente, vamos a construir una tipología de las formas partido que se han sucedido en los países centrales desde mediados del siglo XX, para después pasar a analizar las innovaciones de los “nuevos” partidos y su entendimiento del cambio social.

Previamente analizaré en dos apartados dos etapas clave en el devenir de los (nuevos) partidos políticos: la consolidación de los *partidos atrapados* en la segunda mitad del siglo XX, su posterior evolución hacia formas que facilitan sociedades y gobiernos autoritarios, y la emergencia de los *partidos-ciudadanía* en este siglo como parte de la ola de contestación global. Quedará por ver, en las reflexiones y prácticas del futuro más inmediato, si se confirma la emergencia de modelos de partido-ciudadanía con un ADN inserto en el protagonismo social y en la hipersensibilidad frente al poder: círculos sociales que politizan necesidades

básicas, espacios de ciudadanía activos y críticos que operan conjuntamente en diversos frentes sociales e institucionales.

2. ¿DE DÓNDE VIENEN ESTOS PARTIDOS ATRAPATODO QUE SALEN TANTO POR LA TELE?

Comencemos por el pasado siglo. Echemos un rápido vistazo al porqué del devenir de buena parte de los partidos como herramientas de cogestión del actual expolio social y económico. Organizaciones que, hoy en día, se alimentan de discursos generalistas y difusos, de escasa confrontación programática, que eluden ofrecer alternativas que no sean insistir en un modelo productivo y participativo en crisis y donde el autoritarismo personalista es ley no escrita. Organizaciones que vienen en blanco o en negro, pero que tienen que venir del mismo modelo, como le gustaba decir a Ford cuando le preguntaban por la diversidad de sus coches y del gusto posible de los estadounidenses, y que acaban por nutrir el “consentimiento sin consentimiento” de dicho orden neoliberal (como señalara Chomsky 2000).

En su “captura” de votos, estos partidos atrapatodo (o atrapatotodo, *catch-all party* en inglés) intentan trascender fronteras propias de partidos de masa (componente fuerte de clase, inspirados por el movimiento obrero) o derivadas de una componente territorial (nacionalista, dejamos al margen de este análisis los nuevos partidos “indigenistas”) o de orientación temática (ecologistas, feminista, animalistas, liberal tradicional). Entienden que deben distanciarse de proyectos emancipadores para construir espacios posibilistas de acceso al poder que dan las urnas. Para ello, como planteara el politólogo Otto Krichheimer (1966), se apoyan en una “rebaja” ideológica, que capte clases medias con un mensaje de “centro” y una imagen de “futuro” que no necesita cambiar el presente. Dicha “apertura” ideológica, sin embargo, no tiene intención de construir procesos de transformación social o políticas públicas rupturistas (Offe 1988). En el camino buscan apoyos en las élites, sectores financieros o aquellos considerados estratégicos para el país y que pueden aportar recursos o ayudan a componer una opinión pública favorable (energía, seguridad militar, sector inmobiliario aquí). Su organización se caracteriza por relegar la participación interna a una competencia entre grupos de presión. Los partidos atrapatodo son hijos fordistas (modelados en el capitalismo y para su expansión) con toques post-fordistas (organización más autoritaria y a la vez de formas exteriores más líquidas). En su devenir, se han escorado hacia planteamientos de cartelización o de construcción de partitocracias que les garanticen estar “tocando poder” de manera estable. Aquí el Partido Popular o el Partido Socialista Obrero Español se disputan y a la vez confraternizan en ese espacio aparentemente “descafeinado”, que se mantiene alineado y consistente con quienes demandan un mayor impulso para las políticas neoliberales. Siendo estos partidos cumplida referencia, arrastran con sus dinámicas a otros sectores de la derecha (UpyD, Ciudadanos), e incluso con raíces en la izquierda (IU, ERC, ICV), a la búsqueda de un electorado

confundido mediáticamente por tanta “marca” o con ansias de ser parte estable (con mayor o menor grado de crítica) de esos círculos de poder.

TABLA 1. *Evolución de la forma partido en los países centrales*

	<i>Características Generales</i>	<i>Galaxia Comunicativa</i>	<i>Modelos de Democracia</i>	<i>Ideas de Bienestar y Economía</i>	<i>Ideas de Acción Social</i>
<i>Siglo XIX (finales)</i>					
Partidos de masa (obreros) versus Partidos de las élites	Movimiento obrero (excepto anarquismo) versus élites que acomodan a su favor el sufragio censitario	<i>Gutenberg:</i> control popular o elitista de la imprenta	Popular o de élites: democracias centralizadas o presidencialismos autoritarios	Desarrollismo industrial. Distribución de recursos materiales y del empleo (o apropiación elitista)	Tomar el poder central (o dejarse gobernar). Trabajadores como sujeto de cambio
<i>Siglo XX (1950-)</i>					
Partidos Atrapatodo	Rebaja ideológica para seducir en un mercado condicionado de votos	<i>Aldea global:</i> control de la imagen, programas políticos muy mediáticos	Democracia social: apertura de agendas a reivindicaciones	Desarrollismo (transnacional). Sociedad identificada con el consumo. Derechos según grupos (sur Europa) o mínimos universales (norte)	Votar para cuestiones de mayor acceso a bienestar, profundizando en el desarrollismo
Cartelización (evolución hacia partitocracias)	Bipartidismo o coaliciones partidistas oligárquicas y estables. Extrema derecha agita la “antipolítica”	<i>Hollywood:</i> política como espectáculo reducido a unas élites	Democracia autoritaria: control social para favorecer intereses capitalistas	Sociedad jerarquizada por el consumo. Neoliberalismo financiero. Oportunidades para entrar al mercado	Emprendedores (financieros) como elemento que dinamiza la sociedad-mercado

<i>Siglo XXI</i>					
Partidos-ciudadanía generales (ciclo global de protestas y protagonismo social)	El abajo social es la referencia. Participación constante, asambleas abiertas a la ciudadanía	<i>Internet y NTIC:</i> Control social a través de múltiples esferas de participación y actuación sociales	Democracia participativa: apertura de agendas a decisiones y ejecuciones	Economías propias (endógenas, cuidados, comunes). Sustitución del consumo por necesidades. Derechos máximos.	Co-gestión y Auto-Gestión del espacio público, de las instituciones y de los bienes comunes sociales y ambientales que garantizan la vida y el bienestar
Círculos-sociales o municipalismo transformador (democracia radical)	El abajo es el centro de nuevas instituciones auto-gobierno. Participación como expresión de redes de emancipación propias		Radicalización de la democracia: protagonismo social, cultural, económico		
Nuevos Populismos (redes de interés y partidos-masa)	El arriba organizativo se apoya en descontentos sociales. Participación y discurso anti-élites en clave mediática y de líderes que amparan (nuevos) grupos de interés		Democracia autoritaria (control social para favorecer a nuevas élites) que combina iniciativas participativas (aclamación)	Se retoma la agenda del desarrollismo de los años 60 con apertura a nuevos nichos de mercado: ecológicos o de proximidad desde el discurso de la democracia	

Los partidos políticos atrapados son parte fundamental de la maquinaria suicida neoliberal. Sistema suicida por seguir apostando a “superar” límites ambientales (energía más cara y menos disponible, materiales básicos para la industria que desaparecerán en breve, vuelco climático y pérdida de biodiversidad) y pretender crecer a costa de más depredación socioeconómica (la tecnológica no da para más beneficios y, colonizado todo el mundo, en Marte no parece haber posibilidad de nuevos mercados). Estructura social suicida porque, aunque goza de intereses que lo sustentan, es incapaz de renovar gran parte de su legitimidad: no hay salida vía aumento de consumo o más espacios de libertad o de creatividad para una élite ampliada, ni tampoco se tejen nuevas redes de bienestar. Antes al contrario, se ponen en duda la necesidad y la posibilidad de mantener sistemas de salud y educativos públicos. Y quedan en el tintero, o sometidos a los intereses de los mercados, políticas como las que abordan situaciones de dependencia y marginación social o las derivadas de un enfoque ecológico para la construcción de una transición energética y más sustentable en general. La conclusión es la generación de un escenario de exclusión política y social: el 1% gobierna, un 10% se arrima a este poder buscando migajas, el 99% ve sus vidas languidecer y el 50% de abajo se enfrenta a situaciones de exclusión si no de riesgo de muerte.

Los partidos atrapados juegan aquí su papel de ofrecer una imagen de “democracia”, esto se hunde pero el esfuerzo ha de ser “colectivo”; y eventualmente existe un “nosotros” en forma de religión, raza o nación a la que agarrarse. Junto con los grandes sindicatos, estos partidos son los impulsores visibles de esa agenda al calor de los dictados de: numerosos think tanks y sus apéndices mediáticos (o en países como Italia o España, la conformación de clusters mediáticos que sirven directamente de sostén de partidos o de personajes políticos); centros de formación e instituciones internacionales que garantizan una coyuntura de pensamiento apropiada; las corporaciones que ven aumentar sus beneficios en una época de menor productividad a base de incrementar desigualdades sociales y salariales, y endeudar personas y países; la industria del ocio y de la desinformación publicitaria que ofrece pantallas de humo para entretener al personal. No esperemos una foto compartida de dicho grupo, pues nunca se irán juntos de vacaciones. Basta que siga fluyendo la grasa adecuada de la maquinaria, ya sean acuerdos estables (leyes que favorecen a los oligopolios, impuestos a la baja, creación de mercados globales, desregulaciones laborales) o prebendas varias (subvenciones y ayudas, que incluyen corruptelas, pagos en diferido, puertas giratorias que emplean a las mismas personas en la gestión estatal que en la empresarial).

La democracia “autoritaria” precisa de estos partidos generalistas para que el capitalismo pueda nadar a contra corriente del descontento social. Señalaba ya Claus Offe (1988) en su libro *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, que los partidos europeos se habían convertido especialmente en burocracias de contención antes que de emancipación, que era en principio el origen como partidos masa o el caso de partidos proletarios. Contención frente a la llegada externa del virus comunista y a la posible lectura democratizadora de una socialdemocracia (comunismo europeo, socialismo “centrado”) que quisiera llevar las decisiones de los parlamentos a las fábricas. Ofrecían apoyo al orden capitalista a cambio de poder presionar a las élites para redistribuir los altos beneficios tras la segunda guerra mundial. La política desaparecía progresivamente de la escena: consume y vota para seguir consumiendo (de acuerdo a niveles de seguridad variables: según países, clase social, estrato de procedencia, etc.) como máximo horizonte de participación e integración social. La aceptación de estos partidos por parte del *establishment* se realizaba, y se realiza, a cambio de que ayuden a vaciar la vida social de tramas y contenidos políticos que impugnen el sistema capitalista. Una década antes, en 1975 concretamente, se publicaba un informe desde la Comisión Trilateral (fundación destinada a aumentar el entendimiento económico entre Japón, Europa y Estados Unidos) que pedía limitar las democracias, so pena de que las expectativas populares llegaran a rebasar lo que las élites capitalistas podían llegar a satisfacer. El informe se tituló “La crisis de la Democracia”, y entre los autores figuraba un tal Huntington que continuaría la saga de reclamación de más tribalismo y menos democracia con su justificación del “Choque de civilizaciones”. Según reza el informe, para superar esta “crisis” de hiper-participación social (que no era para tanto) los partidos y otras instituciones (como las universidades, anticipo de Bolonia) tenían que

aminorar sus reclamaciones de bienestar. Y para ello había que “elitizarlos”: más personalismo autoritario en política y menos deliberación social, más envoltorio y menos debate, más profesionalización y menos vivencialidad, más dirigidos a clases medias y menos a clases populares, más continente y menos contenido (crítico), más consensos en torno a la agenda economicista y limitación del disenso a ciertos derechos civiles y paliativos sociales.

Así, los grandes partidos y sindicatos hicieron su trabajo y se sumaron a la cogestión del sistema. Lo siguieron llamando socialdemocracia. Y Felipe González lo explicó muy bien cuando en el 30º Congreso del PSOE proclamó que la “eficacia económica” ha de preceder a la “eficacia social”, si no, postulaba el ex presidente, lo que nos repartiremos será la miseria. Miseria que estamos siendo forzados a comer ahora, porque no se quiere repartir la “eficacia” con la que acumulan las élites. Curiosamente aquel congreso se bautizó con el lema de “compromiso con la solidaridad”. Luego vendrían conceptos que son hoy lugares comunes en tertulias, medios y tratados europeos como son sociedad de mercado, flexibilización, mercado laboral o interés general; liberalizaciones del lenguaje y de las prácticas capitalistas, con un pretendido sentido liberal, que fueron traducidos en la praxis como libertinaje o festín de los grandes capitales. Todo ello, en ausencia de algo llamado “sociedad”, que decía Thatcher que eso no existía.

Para unos, marxistas heterodoxos por lo general, esta situación de los partidos era consecuencia natural de unas estructuras liberales (incluyendo medios de conformación de una opinión pública) que impedían su orientación rupturista con respecto a los límites y formas de dominación que impone el capitalismo. Ni proponían protagonismo social, ni realizaban reformas transformadoras “desde dentro”, decía André Gorz (2008). Se quedaban en eso, en ser un canal de entrada y renovación de nuevas élites, pero no del núcleo duro de las mismas (élites financieras, sector neoconservador y ultracatólico, grandes fortunas) ni de su programa. Para otros, más próximos a ideas de la autonomía política o del anarquismo, la falta de utilidad residía más en la propia razón de ser de estos partidos, en tanto que formaciones organizativas que se alejaron de las fábricas, de las calles y de la construcción de otras sociedades al margen de las instituciones liberales.

Mientras tanto, tanto el entramado neoliberal, como incluso la extrema derecha, se fue reciclando para poder seguir prometiendo democracia mientras la hacía más escasa. Y ello incluso arrastró a formaciones que se suponía críticas con lo que estaba pasando; al fin y al cabo, las maquinarias electorales y publicitarias las tienen ellos, jugamos con sus reglas. Se produjeron enroques bipartidistas a través de la fabricación de la opinión pública (encuestas y reportajes ad hoc), las leyes de subvenciones y de representación asimétrica (*Ley d'Hondt*) y la construcción de estructuras organizativas donde los fontaneros y fontaneras de partido tienen mucho que decir, y poco las bases sociales. La sustitución de cargos tiene que ver más con designios del prócer al que se sustituye, y de los adalides que le sustentan, que con un proceso de deliberación y participación interna: Borrell o Chacón, como la forma de organizar las últimas elecciones

para promover recambios en el PSOE (estatal, andaluza) muestran esta forma de consolidación de las élites. En el PP todo ha sido más nítidamente autoritario, porque forma parte de su reclamo explícito: la agitación del miedo frente al “comunismo” y la apelación a las bondades “plácidas” del franquismo.

Se produce una colonización del discurso político y de las praxis organizativas por parte de unos expertos, que generalmente lo son por sus amistades con las anteriores élites. Son vías de movilidad social para quien quiera cogestionar el suicido civilizatorio (Fernández Durán y González Reyes 2014). Pero alejan de la capacidad crítica al quedar, consciente o inconscientemente, presas de un tablero de posibilidades y de fuerzas muy descompensado. Un ejemplo puede ser la entrada de IU en gobiernos locales a partir de 2008. Más allá de discursos y declaración de intenciones, esta formación se ha volcado más en medidas simbólicas que en cambios productivos (economías endógenas, acceso a tierras y cooperativismo), habitacionales (derecho a la vivienda, ordenación democrática del territorio), o *formas de entender la participación social (promover medidas de protagonismo social real), dentro y fuera del partido, que cuestionaran la agenda neoliberal y las (malas) artes elitistas de esos partidos que salen tanto por la tele.*

Mención aparte merece el renacer de partidos de derecha y extrema derecha que inflaman aún más el autoritarismo y se apuntan a un falso discurso de ruptura: la ambigüedad calculada para captar clases medias descontentas para favorecer lógicas (neo)liberales y conservadoras (como UpyD y Ciudadanos en este país); o con discursos abiertamente contrarios a hablar de “política” y producir adhesiones a un mesías-showman (Berlusconi en Italia); o que apuntan como tabla de salvación la vuelta a las raíces, a un tradicionalismo que asegure la diversidad, en particular nuestro “nosotros” (Le Pen en Francia, Amanecer Dorado en Grecia, nacionalismos conservadores en Reino Unido o por estas latitudes). Estos últimos, en su vertiente más próxima a la extrema derecha clásica, se caracterizan por una apuesta por un “anti-igualitarismo” que nos “libere” y por apelaciones a la “superioridad moral” de aquellos que sigan a las élites. En otros casos, como Ciudadanos aquí, la “superioridad moral” se reviste de “regeneración democrática” donde se insiste en mantener los sistemas que generan desigualdad mientras se ofrece un recambio “anti-corrupción” de las élites que los gobiernan, sistemas cuyos pilares centrales no se cuestionan en ningún caso. Mucho elemento dionisiaco como estrategia de atracción y muy dispuestos, por otro lado, a negociar la venta del territorio con aquellas élites que forman parte del “nosotros”. En el caso de Ciudadanos, como estrategia de las élites del Ibex35 (Rodríguez Palop 2015). Buscan un contrapeso populista conservador y neoliberal frente a la legitimación populista de Podemos que también intenta pescar en los ambiguos ríos del “sentido común”, la “canalización democrática del descontento” o la vuelta a un modelo económico productivista que respete (si no expanda) el marco autoritario del sistema financiero, la llamada *deudocracia*.

3. SPAIN IS DIFFERENT?

La caja tonta, la mediática y la política, no nos diferencia excesivamente de países de nuestro entorno. Y el contexto de incremento de corporaciones y espacios globales de información desde la década de los 80 ha transformado la llamada “aldea global” (que anunciaba McLuhan en los 60) en una gran sala de cine, adentro de un gran centro comercial, que tiende a reproducir formatos bipartidistas *made in hollywood*: republicanos o demócratas, del Madrid o del Barça, pero siempre dispuestos a pactar por “cuestiones de estado”: mantener intereses estratégicos de multinacionales (financiación, leyes, mercado laboral, territorios, ocupaciones en el exterior), reducción del Estado social y aumento de su vertiente de control y castigo, cambios constitucionales pro-neoliberales, impedir acceso a partidos alternativos y gobernar conjuntamente si es preciso, monarquía donde sea necesario, etcétera. Modernidad obliga. Y a pesar del Subdesarrollo social de España con respecto a nuestros vecinos europeos en materia de derechos sociales (V. Navarro 2006), los partidos adquirieron pronto los hábitos de una democracia limitada, en menos de una década tras la muerte del dictador. Se apuntaron voluntariamente, desde aquella izquierda que más sale en la tele, a la idea del “consenso de las élites” (y para las élites), pavimentando el camino (Pactos de la Moncloa y 23F por medio) para el agotamiento de las energías utópicas desde estas organizaciones (Monedero 2013).

Pero sí hay diferencias con respecto al legado de la transición tras la muerte de Franco: marco constitucional y pactista controlado por la derecha española, posos de franquismo sociológico, desmemoria; y, sobre todo, y es lo que nos interesa más para el análisis de los nuevos partidos, con las culturas contestatarias propias de este país que, en fondo y en forma, manifiestan su singularidad cuando “explotan” frente a los desmanes (exclusión política y social) asociados a las últimas dos décadas de democracia “autoritaria”, ahora con sede en la Unión Europea. Las mareas de protesta auto-organizadas en cada centro de trabajo, el 15M en sus plazas y comisiones, como anteriormente V de Vivienda o la convocatoria de manifestaciones frente a las sedes del Partido Popular la noche del 13 de marzo de 2004 (días después de los atentados de Atocha) sacan a la luz las características de lo que llamaré una *cultura del hacer local*. Por ejemplo, las convocatorias frente a las sucesivas guerras o con motivo de manifestaciones a escala europea se realizan aquí de forma descentralizada, muy descentralizada quiero recalcar, prácticamente en cada pueblo, por pequeño que sea. No veremos esas convocatorias, presentes en países vecinos, centrándose continuamente en asistir a Londres o a Roma, como sí vemos en otros vecinos y vecinas, para reclamar otros mundos o construir un gran foro a escala estatal. De fuera vinieron y destacaron esa importancia de lo local, de nutrir redes de confianza más próximas (y esto para bien y para mal), como base de nuestra vida social y política. El escritor John Dos Passos consideraba que “los *pueblos* son el corazón de *España*”. Y Engels escribía a Marx desde estas tierras para informarle que

dudaba de que en este país pudiese construirse una revolución centralizada¹. La idea de “guerra de guerrillas” flotaba en el ambiente, como así ocurriría en la lucha contra el franquismo, en montes, fábricas y barrios.

Considero que las bases de este hacer local (en su sentido político) las dan tradiciones como los nacionalismos periféricos; los anarquismos a los que se incorporan nuevas rebeldías libertarias en los 70; y, finalmente, una idea de hacer local que bebe de la diversidad de culturas que ensalzan esos “barrios” y “pueblos” como referencia vital, y a los que añadiría las lógicas prácticas asamblearias del sindicalismo y de movimientos vecinales bajo el franquismo que acentuaron la presencia de organizaciones descentralizadoras a lo largo y ancho del país. Este hacer local, junto con la desafección y la enorme distancia hacia unas élites que consienten en la democracia sólo bajo escenarios turnistas y hegemónicos (bipartidismo del XIX en adelante, alianzas de corrientes internas para repartirse el grueso del poder en organizaciones de izquierda), ha facilitado la conexión y la retroalimentación con el ciclo de movilizaciones globales, caracterizado por un acentuado énfasis en la radicalización de la democracia (Calle 2005 y 2013). Es decir, la reclamación de un protagonismo social, y esto es una hipótesis fuerte para mirar la democracia del futuro (Cruells e Ibarra edit. 2013), tiene en este país una necesidad de construirse a través de culturas y estructuras que no sustraigan el hacer local y la participación directa como uno de los elementos más significativos de su discurso y de su praxis, tanto organizativa como de presencia hacia afuera, en las calles y en las formas de articulación social. Ello no implica renunciar a coordinaciones o referencias centrales, que devuelven constantemente el poder, tal y como simbolizase el zapatismo con su “mandar obedeciendo”.

Dichas singularidades de hacer local, junto con la tecnología que horizontaliza comunicaciones y entramado autoritario neoliberal han provocado que la radicalización de la democracia esté resonando en estas latitudes muy fuerte: tanto el 15M como Podemos no han necesitado más de dos meses para consolidar una referencia de acción colectiva disruptiva en el primer caso, crítica en el segundo, basada en praxis y discursos de protagonismo social en ambos. Quiero matizar también que no resuena de la misma manera donde existan claves locales, como los nacionalismos periféricos o una mayor presencia de la organización sindicalista en el campo, por ejemplo. Y que también las coyunturas condicionan, lo que explicaría la parcial incorporación de Euskadi a fenómenos como el 15M o Podemos, ya que organizaciones como Bildu han captado la atención de esa crítica neoliberal, que reclama así mismo protagonismo social.

Por supuesto, y haciendo un justo balance de dichas singularidades, compartimos con otras culturas algunas claves que apuntalan y apuntan a la actual radicalización de la democracia (Calle 2005). Desde finales de los

¹ Haciendo una lectura funcionalista del cambio, Marx y Engels (1990: 31) critican las culturas políticas de este país porque “en España no hay nada que se parezca a lo que en Europa se llama dirección social”.

80, se suceden gritos contra la barbarie (“impidamos el congreso”, decían en Berlín 1989 frente al Banco Mundial) y reclamando “otra economía” (The Other Economic Summit frente a las reuniones del G7, desde 1984); crítica progresivamente seguida de una impugnación más global, a partir de finales de los 90, de la mano de foros y de las llamadas protestas “antiglobalización”: “otro mundo es posible”, “nuestro mundo no está en venta”, “lo llaman democracia y no lo es”, “globalicemos las luchas”, etc. Foros, primaveras árabes en el mundo africano y en forma de protestas en el 2011 por todo el orbe (recordemos Occupy) acabarían tejiendo formas de entender y hacer la política “desde abajo”. Sin duda, internet y demás tecnologías que facilitan la creación de ágoras y encuentros virtuales y físicos han sido motor de estas culturas políticas. Pero, insisto, la tecnología juega aquí un papel de altavoz retroalimentador (no de motor impulsor): tanto la evolución de los nuevos movimientos sociales de los 70 como la posterior caída del Muro de Berlín alentarían en los 90 la necesidad de construir emancipaciones y articulaciones desde una fuerte “hipersensibilidad” frente al poder.

4. PARTIDOS-CIUDADANÍA: ENTRE LOS CÍRCULOS SOCIALES Y LAS VIEJAS LÓGICAS POPULISTAS

Precisamente, ese compartir global que demanda protagonismo social frente a la desafección que provocan las élites nos permitirá explicar fenómenos como Podemos (principalmente en sus inicios) o las propuestas de candidaturas municipalistas surgidas entre 2014 y 2015: Ahora Madrid, Barcelona en Comú, Aranzadi Pamplona, Ganemos Málaga o Córdoba, o propuestas municipales más insertas en Podemos como Por Cádiz Sí Se Puede. Al menos en sus intenciones, en sus formatos organizativos y en sus discursos iniciales, se trata de iniciativas que encuentran su eco en el auge de partidos-ciudadanía. Haciéndose más visibles a partir de la explosión de la crisis financiera del 2008, sitúo en esta categoría a los Partidos Pirata extendidos por la Unión Europea (UE), el Mejor Partido que ganara la alcaldía de Reikiavik, los gérmenes organizativos de “asambleas constituyentes”, las agrupaciones locales independientes de carácter crítico en este país o de carácter territorial-asambleario (caso de las CUP en Catalunya). En los límites de esta esfera y como espacio más emblemático estaría el caso del Movimiento 5 Estrellas en Italia. Este partido arranca de una orientación “popular”, anhela romper bipartidismos y se muestra crítico con una UE de acento neoliberal y las corruptelas *made in Italy*; pero también está afectado por una mayor orientación presidencialista y, en ocasiones, por el discurso ambiguo de (nuevos) partidos “atrapatodo”. Las fronteras son, por consiguiente, más que borrosas y contradictorias cuando la emergencia de nuevos procesos se hace decididamente “desde arriba”, en lugar de galvanizar herramientas participación que articulen descontentos “desde abajo”. Aquí los discursos “anti-institucionalistas” pueden acabar por justificar (renovadas) instituciones autoritarias. Es más, nuevos partidos políticos como Ciudadanos, buscan en

esa clave de auto-denominarse “partido de la ciudadanía” aprovechar el tirón mediático y social de la desafección política.

Por lo general, los partidos-ciudadanía *hacen política* (poder público, más institucionalizado) afianzándose en luchas y significados muy enraizados y manejables desde lo político (poder cotidiano, necesidades sentidas); radicalizan la democracia a través de su construcción asamblearia y mediante redes o comisiones que combinan horizontalidad, autonomía y una relativa cohesión y coordinación internas; y apuntan, finalmente, hacia estrategias (dentro y fuera del partido) de protagonismo social y fuerte crítica de la agenda neoliberal y del poder de los mercados. Particularmente, en este país de prácticas de fuerte arraigo local, el debate del municipalismo político (en ocasiones ligado a un municipalismo social, de actividad vecinal y luchas locales) ha dado lugar a plataformas enmarcadas en estos partidos-ciudadanía (Calle y Vilaregut edit. 2015). Por su repercusión social y mediática (entre activistas y en el mundo institucional) el caso de Guanyem Barcelona primero y Barcelona en Comú después sería el más emblemático por entender su participación en instituciones locales como resultado de un proceso deliberativo, abierto a la ciudadanía. Con todo, la formación acabó hibridando este proceso, al constituir su candidatura como paraguas que combinaba formaciones políticas, círculos cercanos a Ada Colau y personas elegidas en sus distritos a modo de plataforma electoral.

Estos partidos-ciudadanía aportan fuertes dosis de protagonismo social, o al menos tratan de tenerlas como horizonte. Sus formas e iniciativas de actuación provienen o dan lugar a procesos que tejen *democracias fuertes* (que analizara Benjamin Barber 2004): con acento en la deliberación, múltiples ágoras y propagando actuaciones en coordinación (directa) con otros espacios asamblearios. ¿Puede considerarse el 15M como precursor de esta democracia desde círculos sociales? En gran medida sí. Los movimientos sociales actúan al menos en tres direcciones: son laboratorios de acción que proponen nuevas herramientas políticas y nuevos derechos (son “madrugadores” con respecto al rumbo del cambio social); establecen conflictos y obligan a las élites a reaccionar o pactar nuevos escenarios (ejemplo: los acuerdos llegados con mareas sociales en salud o educación), al visibilizar situaciones de opresión; y todo eso redundando en una pedagogía social de largo alcance (los 6 millones de personas que participaron en algún acto del 15M estarán más inclinados a entender la política desde lo próximo y desde el protagonismo, es decir, desde lo político). Pues bien, el 15M trajo ese cambio. Pero no es el espacio sobre el que directamente se configuraron estrategias posteriores como Podemos. Podemos no es el 15M en versión institucionalizada: las cúpulas de sus direcciones territoriales están copadas, en su mayor parte, por dirigentes que no vienen de allí; el perfil que atraen los partidos nuevos incorpora a personas más mayores, gentes militantes de otros partidos y directamente afectados por cuestiones como los desalojos o barrios excluidos; el asamblearismo, la inclusión o el gusto por la diversidad (base de la política del y) no están en las formas organizativas adoptadas finalmente por Podemos. Sin embargo, sí aparecen nítidamente conectadas, ya que Podemos trata de legitimarse en el 15M (a través de un discurso intelectual que los ligue

a las formas “madrugadoras”) y, al menos en las formas, comparte discursos de crítica a las élites y de necesidad de democratizar y recuperar derechos frente a la embestida neoliberal. El protagonismo social los une, ciertamente, pero en los partidos de forma más retórica. En tanto que son ambas respuestas a un descontento social creciente, también comparten bases de reacción y climas de adhesión que no pueden ser atraídos o enmarcados en la política (neo)liberal atrapado o de conformación más clásica (desde PSOE a IU).

No obstante, la activación inicial de Podemos a través de “círculos sociales”, a día de hoy presentes en determinadas asambleas de Podemos, sigue sintonizando esa forma de hacer democracia desde la producción en “código abierto” de bienes políticos (discursos, ágoras, iniciativas) para la activación global de la ciudadanía. También hay ejemplos y rastros en el municipalismo político y social de este país: concejos abiertos en pequeños ayuntamientos, procesos constituyentes de matriz local (Trobada Unitat Popular o Procès Constituent en Cataluña), pueblos en el medio rural con énfasis en la gestión comunal de bienes, iniciativas ciudadanas en paralelo al 15M como la Asamblea Moronera Alternativa. O, internacionalmente, son ejemplo de estos círculos sociales las asambleas ciudadanas de 2009 en Islandia. En otros contextos podríamos relacionar estos círculos sociales con las asambleas y clubes de trueque en Argentina a partir del 2001, o los procesos constituyentes en países como Bolivia con anclajes en formas de *democracia comunitaria* (Tapia 2009).

De esta manera, como ha podido observarse para el caso de Podemos², estas nuevas formas políticas que beben de los partidos-ciudadanía oscilan entre la radicalización de la democracia y la conformación de un nuevo “polo democrático” de tintes más clásicos y cercanos a un partido atrapado. Dicho de otro modo, se debaten entre: construir círculos sociales deliberativos más atentos a formas de democracia fuerte (de abajo hacia arriba) y de alta intensidad (politizando formas de exclusión); o retomar tradiciones del populismo centralizador más propio de partidos-masa del XIX, y que trata de confiar su acción a un método (discurso abierto, sentido “vacío” que permita canalizar diversos descontentos, polarización genérica élites-oprimidos) que consiga polarizar y atraer a clases medias descontentas o clases trabajadoras depauperadas³. Entre ambos referentes se mueven las iniciativas que se presentan como “nueva política”: parte de las recientes candidaturas municipalistas, Podemos según sus diferentes niveles organizativos, partidos de naturaleza asamblearia en sus territorios, etc. Y no siendo una foto fija la que pueda ofrecerse de estos partidos (la profundidad de la crisis y la evolución interna mandan), sí podemos establecer al menos tres grandes tipologías, apuntadas en la tabla anterior, cuyo desarrollo viene

² Ver Maiquez (2015) y Calle (2014) para una descripción del proceso.

³ Está aquí presente toda la concepción de Laclau (2005) para desarrollar una nueva hegemonía, que bien puede ser de derechas o de izquierdas en su lógica social. La “hipótesis populista” coloca la subjetividad en un primer plano, de la mano de unas élites que rigen la nueva hegemonía, marginando la experiencia que nutre luchas y descontentos “desde abajo”. El peronismo en Argentina ha llegado a ser un ejemplo de esta elitización populista, con un claro devenir conservador y autoritario.

condicionado fundamentalmente por su ámbito de actuación (escala) y por su voluntad de actuación (cultura política y estructura organizativa):

- *Plataformas de base ciudadana.* Un ejemplo podría ser Ahora Madrid o Barcelona en Comú. Son híbridos entre esos partidos-ciudadanía y la conformación de plataformas abiertas a partidos (Ganemos, sectores de IU, Podemos, ICV, Equo, etc.) que garantizan una transparencia y unas formas deliberativas muy distantes de las tradiciones de los partidos cartelizados o atrapados. Tanto la escala como su rápida conformación ha sido aquí decisiva para el desarrollo de esos híbridos.

- *Partidos-ciudadanía desde círculos sociales.* Desde matrices ideológicas fuertes (CUP) o desde posiciones municipalistas (Aranzadi o Ganemos como agrupación de electores, partidos de matriz local y asamblearia) más abiertas a la diversidad, apuestan a procesos de mayor radicalización de la democracia en los entornos locales donde concurren y la escala lo permite (Calle y Vilaregut edit. 2015).

- *Nuevos Populismos.* La democracia se implanta como discurso, pero la concepción del cambio es de arriba hacia abajo. Se crean formas tecnocráticas de gestión organizativa orientadas hacia la captura de votos del grueso de la clase media descontenta, con guiños sociales hacia los más golpeados por la crisis. El método y la articulación con las viejas élites para alcanzar poder electoral (no necesariamente político) se superponen a los procesos sociales desde abajo o que ponen en jaque estructuras productivas capitalistas o formas representativas autoritarias (Antón 2015). Más propio del entorno directivo de Podemos y de su configuración tras el llamado “error de Vistalegre”, donde el giro hacia un centralismo informado es claro⁴.

Como digo, no puede establecerse una foto fija. Los ritmos a los que se suceden, hibridan y exploran nuevas formas de entender la política colapsan, admito, mi capacidad, y creo que la de todo el mundo, de establecer taxonomías taxativas. A lo que hay que sumar la propia evolución del escenario político y de crisis, así como la diversidad de opciones que se dan al interior de las propias iniciativas.

Así, la crisis civilizatoria (Fernández Durán y González Reyes 2014) jugará su papel en la definición de futuros escenarios, una parte importante se derivará de la complejidad intrínseca de nuestras sociedades (muy líquidas, de imaginarios cortoplacistas, altamente individualizadas a través del consumo) y también, y sobre todo, del enfoque político subyacente a las diferentes propuestas. Sostengo

⁴ Un resumen de la crítica al modelo organizativo surgido en Vista Alegre puede leerse en el artículo de Víctor Alonso “Centralidad, medida y esperanza” en Eldiario.es, disponible en http://www.eldiario.es/zonacritica/Centralidad-desmesura-esperanza_6_378372188.html [consulta: 1-06-2015]

que, al calor de las urgencias, se vehiculan o se cuelan por detrás debates muy perfilados sobre cómo entendemos el cambio social, la rebeldía y el papel asignado a los partidos políticos en ello. En el caso de Podemos, las declaraciones de diferentes líderes de la formación se suceden propugnando modelos que se complementan, pero a la vez generan distancias en la forma de entender el cambio social. La dirección de Madrid, de un lado, insiste en la “hipótesis populista”, por ejemplo, mientras surgen corrientes más aperturistas, próximas a las claves de partidos-ciudadanía en otros puntos del Estado (candidaturas municipales en torno a Sí se Puede o el posicionamiento crítico de Pablo Echenique)⁵.

De esta manera, y como ejemplo de la *orientación tecnocrática del cambio*, inserta en la tradición del populismo de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1987), contamos con la visión de Errejón (2014) de cómo gestionar el cambio desde lo social, pero sin lo social: “para que las organizaciones políticas y sociales puedan ser útiles para gobiernos populares de transformación tienen que convertirse en semilleros de ideas y de formación técnico-práctica concreta, es decir, tienen que formar a gente que sea capaz de gestionar en sentido contrario del enemigo y mejor que el enemigo”. Cambio de régimen, pero no de las estructuras verticales y monopólicas en el hacer político desde las instituciones. Acompañado, en el caso de los distintos programas económicos de Podemos, por medidas que no desafían cuestiones centrales que sí lo fueron para el 15M: generación de espacios de participación y deliberación (recuérdese aquí las llamadas “listas planchas”), auditoría ciudadana de la Deuda Externa, apoyo a la renta básica, desarrollo de formas productivas en clave de sostenibilidad, perspectiva de género en todos los ámbitos de nuestra vida, etc. Cambio de régimen, pero no de sistema, parece plantear esta línea que insiste en el desarrollismo de tintes socialdemócratas.

Separándose de una visión tecnocrática, Juan Carlos Monedero (2012) advierte sobre los peligros de encuadrar la fuerza de lo social dentro de una organización que aspira a tener representación política: “Calzar a la fuerza zapatillas, como los príncipes caprichosos de los cuentos, hace sangrar los pies de las candidatas y, siguiendo con la metáfora, también al cuerpo social”. La propuesta de cambio reclamaría la creación de una contra-hegemonía popular que reuna a nuevas élites (a través del partido) en contacto con lo social: “hemos visto que los movimientos sociales tienen líderes que sí tienen la capacidad de representar a la ciudadanía” (Monedero 2014). Con todo, en ambos casos el partido político está llamado a ser el instrumento final de cambio, el que le da forma y el que mejor puede desbrozar el camino, siguiendo lógicas leninistas. Las formas neopopulistas, con aportaciones en clave de plataformas movilizadoras o agitadoras de base ciudadana, son el ejemplo a seguir de estas nuevas formaciones políticas que priorizan el centro organizativo institucional.

Por su parte, en las candidaturas municipalistas o en sectores críticos con la dirección de Podemos, encontramos fórmulas que se mueven en la idea de

⁵ Ver el documento *Abrimos Podemos: por una candidatura constituyente*, distribuido en internet en junio de 2015, firmado por 23 personas, entre las que se encontraba Pablo Echenique.

una democracia desde abajo, entendiendo que hay que producir articulaciones entre la idea de “círculos sociales asamblearios” y plataformas ciudadanas y de organizaciones políticas más amplias. Para Echenique (2015) con respecto a su candidatura en Aragón, resultaba “fundamental que hubiera presencia de la sociedad civil y de los movimientos sociales; personas que quizá no vienen a las asambleas de Podemos pero están en la universidad o en Stop Desahucios” (Pablo Echenique, entrevista en Diario.es, aparecida el 23 de enero de 2015). Por su parte, Ada Colau (2014) afirma que “la ciudadanía ha ido por delante de las instituciones en la defensa de los derechos: es quien ha paralizado desahucios, quien ha defendido los hospitales de la privatización... Y ese ciclo no está agotado”.

Quedan por fuera de estas tres tipologías, aquellas *propuestas autogestionarias* que no entran en el llamado “asalto institucional”. Donde cooperativismo y transformación social se leen desde (y hacia) instituciones de auto-gobierno al margen de las establecidas en la democracia liberal. Resuenan aquí ecos del anarquismo y también del ecologismo libertario presente en propuestas decrecentistas más localistas o que hablan desde un lenguaje estricto de la auto-gestión (no desde la co-gestión o desde la idea de bienes públicos). Se contempla como poco realista la posibilidad de cambios radicales amparándose en instituciones establecidas. Un ejemplo sería la propuesta y la declaración contenida en el manifiesto “Construyendo Pueblo Fuerte”⁶.

Las propuestas anteriores coinciden en representar cortocircuitos a la situación de bloqueo institucional y colonización de imaginarios desde una ideología neoliberal, conservadora y de tintes autoritarios. Abren la disputa desde la política (cuestionamiento del bipartidismo y de la agenda neoliberal) y desde lo político (creación de nuevos referentes de acción social). La abren también desde campos ideológicos. Las diferentes iniciativas plantean implícita o explícitamente una apuesta, en clave de gran narrativa, de cómo encajar lo social en lo político institucionalizado. Los dos últimos tipos de iniciativas se mueven más en la órbita de primar la experiencia y la emergencia social desde múltiples centros como motor de cambios emancipatorios. A partir de ahí, la institucionalidad, los derechos o los imaginarios son renovados para dar cabida a ese empuje social. Experiencias antes que esencias, en la línea de tradiciones heterodoxas del marxismo (E.P Thompson), perspectivas autónomas o anarquistas (Castoriadis, Kropotkin), tradiciones indigenistas desde sus bases de cooperación social (Mariátegui o Shiva) o más recientemente ligadas a la politización de lo social desde necesidades básicas (ecofeminismos). Por el contrario, la perspectiva neopopulista y la tradición leninista más ortodoxa estarían más próximas a pensamientos funcionalistas, de percepción de la sociedad como un todo manejable por ingenieros sociales. En el medio, inclinándose hacia el

⁶ Consultar <https://construyendopueblofuerte.wordpress.com/>. También el análisis en Diagonal sobre iniciativas similares como Embat, en <https://www.diagonalperiodico.net/movimientos/25790-constuyendo-pueblo-fuerte-espacio-confluencia-movimientos-base-frente-la-apuesta>

sentido de lo popular como dirección de cambio, pero también en ocasiones oscilando hacia la idea de una construcción hegemónica alternativa por nuevas organizaciones y nuevas élites, contaríamos con la referencia de Gramsci⁷.

En cualquier caso, no percibo necesariamente como enfrentados o sin posibilidad de sinergias estas tipologías de entender el protagonismo y el cambio social. De hecho así sucede en algunas dinámicas territoriales al interior de Podemos o de nuevas candidaturas locales. Lo que viene a corroborar el auge del municipalismo en este país como una estrategia que permita desbordes en la forma de hacer política: más allá de siglas, desde asambleas de ciudadanía descontenta, promoviendo instituciones sociales dentro y fuera del paraguas político actual, recobrando la credibilidad en la política desde necesidades y propuestas sentidas por las personas y entroncando con las culturas del hacer local propias de este país (Calle 2015, Calle y Vilaregut edit. 2015).

5. CONCLUSIONES: RETOS PARA UN CAMBIO RADICAL EN Y DESDE LA NUEVA POLÍTICA

Vivimos tiempos de exploración política en tiempos de urgencias sociales y planetarias. Y los diversos instrumentos políticos se enfrentan a un gran reto: recuperar la experiencia de las personas y sus iniciativas como parte de una propuesta alternativa que sea habitable. Por habitable entiendo que no genere más sufrimiento, ni avance en la depredación insostenible del planeta y pueda dar alas a una política de encuentros desde lo concreto y lo sentido para apuntalar cambios globales. *Política del y frente a política del o*: la primera, más propia de los nuevos movimientos globales y cercana al lema zapatista de “los rebeldes se buscan”, caracterizado por el énfasis en procesos, herramientas y articulaciones desde la diversidad; la segunda perspectiva, encuadrable en tradiciones nacidas en el XIX, más inclinada a los proyectos cerrados, identidades fuertes y auto-referenciales, surgidas en sociedades donde las desigualdades eran de “fácil” lectura (patrón/obrero por ejemplo) y donde el cuestionamiento del poder se centraba en necesidades materiales (excluyendo por lo general desigualdades derivadas del patriarcado o insostenibilidades que genera ambientalmente el modelo globalizado de consumo). Se trata de un nuevo instrumental político que busca cimentarse en la experiencia acumulada y explorada, creativa y multicéntrica, y no en su desperdicio, uno de los rasgos fundantes de la homogeneización modernizadora a juicio de Boaventura de Sousa Santos (2011).

Pero esa política habitable cimentada en una *política del y* tiene grandes retos. Me atrevo a enunciarlos para el caso de los partidos políticos que quieran acompañar el protagonismo social que demanda soluciones emancipatorias en clave de (nuevos) derechos y de reconstrucción de la forma en que entendemos la política, la economía y las instituciones públicas. El primer reto consistiría en

⁷ Ver Zibechi (2014) o el capítulo introductorio de Calle y Vilaregut (edit. 2015) para una discusión general de estos enfoques.

convertir el partido (o sindicato, o movimiento o red crítica) en un proceso social horizontal y no en un proyecto cerrado jerarquizado; evitar que se reemplacen, como indicaba la Trilateral, los programas y la participación creciente por marcas y líderes que se presentan como la encarnación de la dirección política. En este sentido, el grupo promotor de Podemos, seguramente impresionado por el éxito alcanzado y esperando evitar cooptaciones, se ha apresurado a trazar líneas “desde arriba” (municipales sí o no, elaboración de documentos en clave de partido clásico, poca apertura inicial en comisiones de trabajo más allá de los iniciadores de esta propuesta) cuando la clave de su éxito residió, precisamente, en haber confiado sus primeros cimientos al protagonismo social que auto-organizó las candidaturas del 2014 al parlamento europeo.

En segundo lugar sería deseable para resonar en esa demanda de protagonismo social alcanzar organizativamente un modelo, abierto y operativo, que permita la inclusión y la toma de decisiones, diferenciando entre cuestiones técnicas y estratégicas; que promueva la capacidad de acción y de proposición desde círculos territoriales y temáticos. Y que nunca abandone tres cosas que son señas de identidad de cualquier herramienta que quiera practicar una democracia de alta intensidad (que diría Sousa Santos): la *democracia deliberativa* o de gran plaza (pero que no es meramente residual o un escaparate, sino que es parte activa de las decisiones); la organizativa desde la autonomía de círculos territoriales y temáticos (*democracia radical* o directa); y la propia de un partido que aspira a tener una incidencia en la vida política institucional (*democracia participativa* o metodologías de coordinación que estimulen el protagonismo social).

En tercer lugar, ser capaz de construir una alternativa a la agenda neoliberal que no pretenda “volver atrás” con un programa de socialdemocracia de hace 30 años, ya que esto es imposible: los límites ambientales y de demandas energéticas, el rechazo de formas de depredación y de colonialismo y la insatisfacción de necesidades que provoca la sociedad del consumo, entre otras razones, nos dicen que un capitalismo con rostro humano (de la mano precisamente de estas élites poco “humanas”) es una contradicción en términos. Estamos delante de La Transición Inaplazable (Calle 2013): no puede resolverse la salida de las agendas neoliberales sin ampliar el paradigma de democracia (en lo económico, cultural, mediático) y la determinación de nuevos derechos y libertades (en particular, riqueza, renta y medios financieros sometidos a soberanía popular), desde ópticas de creciente protagonismo social (fomentando la autogestión de bienes comunes sociales y de recursos, así como la co-gestión de otros servicios públicos), con un énfasis en el cuidado de la vida (sustituir satisfacción de deseos por necesidades individuales y colectivas) y que tome conciencia de límites ambientales y energéticos (iniciar una transición productiva, volcada hacia el cooperativismo y desde economías endógenas). Programas concretos circulan muchos y el protagonismo social no sólo debe elegir, debe ser parte de la experimentación de otras sociedades.

Como cuarto reto contaríamos con las dificultades para, lejos de encerrarse en el poder de las urnas, *retroalimentar el poder social para conseguir un poder político real*. Aquí las aportaciones de los círculos y las asambleas como

espacio autónomo de organización que se dirige hacia la presión en las urnas, en las calles y hacia la construcción de otras formas de solidaridad económica y política son esenciales para leer los cambios desde el empuje social, como señalo seguidamente. Los modelos tecnocráticos inspirados en la ortodoxia marxista o de métodos populistas no posibilitan recoger la experiencia social como elemento que aporta: credibilidad y legitimidad a toda transformación; sentidos útiles, palpables y cotidianos de transformación; acercamientos socio-afectivos a la (nueva) política, visibilización de nuevos instrumentos (satisfactores) que atienden nuestras necesidades básicas y experimentación para reconstruir las nuevas formas de rebeldía (Zibechi 2014).

Por último, quisiera incidir en que este largo ciclo de movilización, que arrancaría a mediados de los 90 con las primeras protestas “antiglobalización” y “anti-Maastricht en este país, no “culmina” en un ciclo de institucionalización. Esta premisa, propia de la izquierda clásica o de la visión sociológica que ve a los movimientos sociales principalmente como grupos de presión (teoría de la movilización de recursos, protesta pública como eje de un ciclo de movilización), creo que perderá su validez en los próximos años. Por un lado, este largo ciclo de movilización contempla aún rescoldos asamblearios del 15M, núcleos de protesta en torno a la exclusión (PAH, Stop Desahucios, espacios por la Renta Básica, Barrios Ignorados en algunos puntos de Andalucía) o expresiones en forma de economía social-solidaria que no han entrado en la onda institucional. Si a ello unimos los discursos que van más allá de un cambio de régimen (en clave electoral, nuevos partidos, nuevas élites) y demandan un cambio de estructuras (desafío de deudocracia, decrecimiento, anti-capitalismo, lógicas anti-autoritarias en la cultura política, re-localización económica, renta básica, etc.), tendremos con mucha probabilidad la emergencia de una rebelión de las periferias: nueva contestación social de aquellos espacios y lógicas que no entran en una gramática electoral o institucional tremendamente acotada (en el caso local aún más por las políticas conservadoras). Rebelión que tomaría nuevos bríos tanto para proponer cambios de calado, como para criticar la falta de democratización aportada por los nuevos partidos en sus propuestas o en sus funcionamientos internos.

Con limitaciones derivadas de los anteriores riesgos, considero que los diferentes partidos políticos que beben o han bebido de la idea de partidos-ciudadanía tienen la oportunidad de construir un escenario político donde se descolonice el poder de los de arriba (y sus agendas neoliberales), a la par que se reconstruyan satisfactores que realmente coloquen la experiencia de la gente y la habitabilidad del planeta en el centro de su actuar. Constituirían así una de las cuatro patas de la mesa sobre la que se asienta la *transición de los rebeldes*, según mi visión de este largo ciclo de movilizaciones que arranca en los 90. Serían una pata anclada en la deliberación y activación ciudadana en los campos institucionales (Podemos y otros partidos-ciudadanía); capaz de entroncar con una segunda pata que aborde las luchas laborales (nuevas mareas sindicales o una reinención del sindicalismo desde lo eco y lo social); capaces de promover y reinventar satisfactores de necesidades que den impulso a economías propias, a un nuevo cooperativismo; y que permita conformar dinámicas de protesta frente

a la agenda neoliberal (renovados 15Ms, iniciativas que “tomen la plaza y la economía”, etc.).

Pienso que cualquier partido que se vea como un fin en sí mismo, como “la llave del éxito” (un lugar identitario, auto-referencial que se ve como palanca ficticia de un cambio global) está abocado al fracaso. En su lugar, precisamos espacios abiertos a la confluencia, sistemas complejos desde los que proponer y actuar (arriba y abajo, por temas y afinidades, por articulaciones ad hoc entre nodos de la red), potenciando la diversidad de forma visible (por género, territorio, animando la creatividad propositiva y deliberativa, junto a y desde las clases más golpeadas) desde los que intervenir desde necesidades sentidas (malestares) y necesidades generales (derechos). Sin ese sistema de herramientas de acumulación y articulación de descontentos sociales (“desde abajo”, dada la cultura del hacer local) poco podrá progresar un partido-ciudadanía como referencia rebelde: o será relegado al papel de otra de las marcas de partidos que salen en televisión; o será co-optado como una “farsa” emancipatoria. Aún están por madurar, pero este siglo apunta al ocaso de los partidos-masa y los atrapado. En su lugar, se abre la disputa hacia un campo populista conservador, cercano a los anteriores. O la maduración de alternativas socio-políticas intensamente ancladas en la radicalización de la democracia.

6. BIBLIOGRAFÍA

- ANTÓN, A. (2015): Acerca del populismo. Polarización, hegemonía y ambigüedad ideológica, disponible en http://www.uam.es/personal_pdi/economicas/aanton/publicacion/otrasinvestigaciones/Acerca_populismo.pdf, [consulta: 10-06-2015]
- BARBER, B. (2004): Democracia Fuerte, Madrid, Almuzara
- CALLE COLLADO, A. (2005): Nuevos Movimientos Globales. Hacia la radicalidad democrática, Madrid, Editorial Popular.
- CALLE COLLADO, A. (2013): La transición inaplazable. Los nuevos sujetos políticos para salir de la crisis, Barcelona, Icaria.
- CALLE COLLADO, A. (2014): “De los Partidos Ciudadanía a los Círculos Sociales-Podemos en la encrucijada» en Tercera Información, disponible en <http://www.tercerainformacion.es/spip.php?article73971> [consultado en 15-01-2014]
- CALLE COLLADO, A. y VILAREGUT SÁEZ, R. (2015): *Territorios* en democracia. El municipalismo a debate, Barcelona, Icaria.
- COLAU, Ada (2014): Entrevista en *La Marea*, n. 23, disponible en <http://www.lamarea.com/2014/12/22/ada-colau-gane-quien-gane-vamos-necesitar-mas-movilizacion-que-nunca/> [consulta: 01-04-2015]
- CRUELLS, M. y IBARRA, P. (eds.) (2013): *La democracia del futuro: del 15M a la emergencia de una sociedad civil viva*, Barcelona, Icaria.
- KIRCHHEIMER, O. (1966): The transformation of West European party systems. En LAPALOMBARA, J. y WEINER, M. Political parties and political development, Princeton: Princeton, University Press.
- CHOMSKY, N. (2000): *El Beneficio* es lo que cuenta. Neoliberalismo y Orden Social, Barcelona, Crítica.

- ERREJÓN, I. (2014): *Entrevista en Diagonal*, disponible en <https://www.diagonalperiodico.net/panorama/24573-estamos-orgullosos-la-oligarquia-espanola-tenga-miedo.html> [consulta: 07-11-14]
- FERNÁNDEZ DURÁN, R. y GONZÁLEZ REYES, L. (2014): *En la espiral de la energía* Vol. 1 y Vol. 2, Madrid, Libros en Acción / Baladre
- GORZ, A. (2008): *Crítica de la razón productivista*, Madrid, Los libros de la Catarata.
- LACLAU, E. (2005): *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo Cultura Económica.
- LACLAU, E. y MOUFFE, Ch. (1987): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI.
- MÁIQUEZ, M. (2015): *Evolución y futuro de Podemos, del auge a su primera gran crisis en un año clave*, Diario digital 20 Minutos, disponible en <http://www.20minutos.es/noticia/2448810/0/podemos/claves/iglesias-monedero/> [consulta: 03-05-2015]
- MARX, K. y ENGELS, F. (1990): *España Revolucionaria*, Madrid, Ediciones Vanguardia Obrera.
- MONEDERO, J. C. (2013): *La Transición contada a nuestros padres. Nocturno de la democracia española*, Madrid, Catarata.
- NAVARRO, V. (2006): *El subdesarrollo social de España. Causas y Consecuencias*, Barcelona, Anagrama.
- OFFE, C. (1988): *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema.
- RODRÍGUEZ PALOP, M. E. (2015): “Ciudadanos: transgénico Ibex35”, *ElDiario.es*, disponible en http://www.eldiario.es/zonacritica/Ciudadanos-transgenico-marca-Ibex_6_382921750.html [consulta 15-06-2015]
- SOUSA SANTOS, B. (2011): *Una epistemología del Sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*, México, CLACSO y Siglo XXI.
- TAPIA, L. (2009): “Lo político y lo democrático en los movimientos sociales”, en Tapia (coord.) *Democracia y teoría política en movimiento*, Muela del Diablo/CIMSA, La Paz, Bolivia.
- WALLERSTEIN, I. (1997): *El futuro de la civilización capitalista, Icaria*, Barcelona.
- ZIBECHI, R. (2014): *Descolonizar la rebeldía. (Des) colonialismo del pensamiento crítico y de las prácticas emancipatorias*, Madrid, Baladre / Zambra.

